



Formulismos epistolares

En uno de sus acertados artículos, trataba Noel Clarasó del cortés «Muy Sr. mío» con el que en España encabezamos las cartas.

Bien me parece esa pulida expresión, como bien me pueden parecer los «suyo afectísimo» o «beso a Vd. la mano», nota final y acostumbrada de toda clase de misivas, aunque yo no las use en rebeldías congénitas contra toda clase de reglas costumbristas.

Hace años que mis cartas carecen de un principio y fin según los cánones de la corrección; y no por prurito de originalidad, sino por considerarlos baldíos. Y este mi razonamiento ha sido hecho a posteriori de una economía intuitiva de tiempo y espacio.

Cuando leí el mencionado artículo, se me ocurrió pensar si yo, quizás, huyendo de superfluidades, no hubiese caído en un despilfarro mayor.

Buceé en el recuerdo, cotejé el presente y me dí cuenta de que, con singular monotonía, empezaba mis cartas escribiendo casi indefectiblemente: «Acabo de levantarme...» «En este soleado mediodía...» «Son las cuatro de la tarde...» «No puedo dormir, y en el silencio de la noche...»

Me sorprendí a mi misma. ¿Para qué este afán de puntualizar la hora del día cuando escribo?

¿Qué intuición me avisaría de que los pequeños numeritos de la fecha, colocados en el ángulo izquierdo del papel, no bastaban para la total comprensión de mi estado de ánimo por el destinatario, para aprehender en su verdadero y justo sentido las ideas expuestas en mi carta?

De los tres números de la fecha, quizás, el último no sea más que dato póstumo, orientación de archivos, para encuadrar tal o cual escrito en su época correspondiente. El de en medio, el número que nos avisa del mes en curso, da ya un dato más completo de nuestros posibles estados anímicos a tenor de las estaciones del año.

¡Convendrán Vdes. conmigo en que es un dato importante!

Una declaración de amor fechada en primavera, pese a su lirismo clásico, será sólo flor anónima que se abre al primer sol, pájaro blando sin plumas, erupción sin importancia de la edad moza del año.

Los arrebatos de la pasión, que también dictan sus cartas,

pierden su calidad en la gran hoguera del verano.

«¡Ven! Te espero, ¡No tardes! Ardo en deseos de abrazarte...»

¡Cuanta tristeza recibir una frase así en Julio o Agosto! La carta podría ir dirigida a cualquier nombre. Probablemente al más próximo.

Las nostalgias en invierno son también vagas, despersonalizadas. Todos añoramos compañía, —pecado de lesa traición a los libros—, al calor confortante de la lumbre, cuando fuera afina el viento sus canciones de lobos, de riscos y montañas o cuando gotea el agua helada, lenta, pausadamente, como cortina de llanto.

La primera cifra de las tres que llevamos apuntadas, día del mes o de la semana, en posibles ajustes, sabe marcar la pendiente de optimismos temporales.

A fines de mes, flojo [el bolsillo, siempre seremos más trágicos.

Pero todo eso no basta; no basta, aún, si la carta que escribimos es algo más que un recado. Si la carta da y persigue intimidades, es del todo preciso consignar la hora del día.

La mayor o menor fuerza de nuestra emotividad, nuestra calidad receptora, el signo de nuestros sentires, va extrañamente ligado a la cadencia del diario caminar del sol.

Las madrugadas son optimistas; abren una promesa larga de veinticuatro horas. El sol nos sonríe, guiñando maliciosamente los ojos, en su primer acto de gran figón de la tierra. Los colores son suaves y todos aspiramos a pintar el día, reforzándolos con nuestro peculiar brochazo.

Por eso lo que se escribe a la tenue luz del amanecer en esperanzas, será bello, henchido de caridad, sano y alegre.

DE COLLABORACIÓ

Perquè eres gràcil, verd,
gentil i bell,

i omplies de remòrs
el meu cancell;

perquè, amb gest generós,
ombra i frescor
donaves a la pau
del carreró;

perxò una mà covarda,
—pobra mà!—

Sacude, dolorosamente, una gravedad, un sollozo, pensado y expuesto mientras el sol se des-pereza. Siempre que algo de esto se escriba o se lea habrá que considerarlo con atención, con la misma atención que nos mereciera un SOS lanzado con más instinto que razones.

No obstante esas mismas gravedades escritas durante el crepúsculo carecerían de una importancia básica. ¿Quién no se siente, dulcemente, triste, envuelto en apagados cansancios, cuando el sol se nos lleva el día y las promesas que no cumplió?

Al mediodía nuestras frases cuajarán en exaltaciones, serán agudas, probablemente exageradas. Llameante el sol en su vertical nos sobresatura de luz, de agobio, de realidades. Y en excesivas presiones, disparamos a lo alto las flechas rojas de la aljaba del deseo, tensado al máximo el arco de nuestras potencias.

Y cerrada la noche, envuelta en silencios la casa, dormidas las calles y las plazas, o bien vencemos el sueño con estridencias mentales, imaginativas, purros espoleazos cerebrales, o lloremos el cansancio físico, que es de opresión, de desalientos, de soledades.

Estoy cansada, lector.

De una torre lejana caen en la obscuridad, obsesionantes, doce martillazos iguales. Gime un momento la luna y suspiran penas los cielos a compás de las campanas.

Al conjuro de la medianoche salen de su escondrijo las brujas, en amplia y seca carcajada y con sus escobas barren de sonnes los aires.

Solo se quedan velando, los misterios y los milagros.

L. d'Andraitx

L'OM OCCIT



.... Y OTRA DE ARENA

El Fomento del Turismo de Gerona nos remite, con ruego de publicación, la siguiente nota:

«El semanario gráfico VOY, de Barcelona, edición del 25 de Marzo, publica la carta que su Director recibió de Don Jaime Sala Coris y que, por su innegable interés, a continuación reproducimos en sus partes más esenciales;

«En los felices albores de este siglo, cuando la gran nobleza inglesa y rusa, y los millonarios del Nuevo Mundo daban notoriedad y riqueza en verano a la Costa Atlántica, desde Ostende a Biarritz y en invierno a la «Côte d'Azur» desde Menton a Cannes, un periodista barcelonés Fernando Agulló —el «Pol» de la «Veu de Catalunya»— bautizó con el nombre de Costa Brava al conjunto de valientes acantilados, abiertas y suaves playas y recónditas y abrigadas caletas que se extienden por todo el litoral gerundense desde Blanes hasta Port Bou.

Esta maravillosa tierra, ignorada entonces por la inmensa mayoría de los catalanes, empezó a cobrar personalidad turística en nuestro país y a divulgarse bajo su denominación de Costa Brava al finalizar la primera guerra mundial. Se crearon núcleos residenciales de singular acierto, se edificaron nuevos hoteles, se mejoraron las antiguas fondas, y con el incremento del tráfico motorizado, el buen barcelonés descubrió un buen día que tenía un paraíso a la puerta de su casa.

Posteriormente, al término de nuestra guerra civil, fueron los habitantes del interior de España quienes descubrieron el Mediterráneo, al conocer nuestra Costa Brava, y, finalmente, los extranjeros, en estos últimos tiempos, se han rendido al encanto de tales paisajes, y el nombre de Costa Brava es bandera que flamea en las agencias turísticas extranjeras como sinónimo de belleza sin par, muy superior a cualesquiera otras tierras bañadas por el Mediterráneo en otros países.

Es muy lamentable, que cuando la Costa Brava adquiere este relieve internacional y suscita tanto interés, sean precisamente algunos de sus habitantes quienes la desmerezcan motejándola con apodos de mal gusto evocadores de otros lugares bastante inferiores, aun cuando de reconocida fama.

Y nos referimos, concretamente, a un anuncio aparecido en un diario barcelonés, que propone la venta de una finca en «Tossa de Mar-Costa Azul Catalana».

Creo llegada la hora de acabar con el snobismo que supone aceptar como inmejorable lo forastero, cuando lo nuestro es superior, como ocurre en este caso. El litoral gerundense tiene una denominación muy apropiada, que está adquiriendo rápida celebridad, y no tenemos porque sustituir el hermoso y eufónico nombre de Costa Brava, orgullo de sus moradores, por otros que le son bien ajenos.

Nuestro litoral no puede, ni debe aceptar un nombre prestado; tiene el suyo propio, bien hermoso y bien envidiado por cierto: COSTA BRAVA!».



MOVIMIENTO DE BUQUES:

Odyseus, procedente de Génova y con destino Orán; Hestia, procedente de Valencia y con destino Palamós; Antonia Alzina, procedente de Santa Pola y con destino Barcelona; Plato, procedente de Barcelona y con destino Tarragona; Taigo, procedente de Algeciras y con destino Gandía; Cabo Sacratif, procedente de Tarragona, y María Rosa, procedente de Marsella, los dos con destino Barcelona; Douro, procedente de Barcelona y con destino Málaga; Cala Gat, procedente de Garrucha, Costa de Marfil, procedente de Málaga y Josefina Escrava, procedente de Algeciras, los tres con destino Barcelona; Miguel, procedente de S. Carlos Rápita y con destino Palamós.

ELEGÍA

i sento que al botxi
dius —amb la veu
que es conten els amants
de tot arreu
la història, sempre igual,
de llurs secrets:

—«Que Déu et faci bo,
perquè... no ho ets!

Eduard Bardas Planellas

Març del 1952

en la fosca amagada,
et va escapçar.

En l'alta nit quieta
em sembla oïr
el teu feble gemec
que em fa estremir;

i veig ton fullam caure,
silenciós,

tot plorat de rosada
i amorós;